

levantado y protestado, retirándose del teatro; y que á este paso, dentro de poco no habrá hogar, ni costumbres, ni puchero doméstico, ni nada absolutamente (estilo Taboada.) A eso de las once nuestro moralista sale del Casino, y va... ¡Pero por Cristo, que no se entere Galdós!, va á echar un parrafillo con la Peri. Hasta cerca de la una no se acaba el Real, y aún tendrá tiempo de recoger, con el landó, á la señora y las niñas...

III

La crítica periodística de *Realidad*.

Me ha parecido curioso leer casi todos los periódicos que hablaron de *Realidad* antes ó después del estreno, y comprobar la disparidad de sus críticas. He de observar que la crítica de teatros, que al referirse á obras de poco fuste suele estar en completo desacuerdo con la crítica verbal del espectador, en obras como *Realidad*,

dad, que encrespan y remueven al público, no es más (á la crítica escrita sigo refiriéndome) que eco fiel de esas opiniones contradictorias, tan enérgicamente expresadas durante los entreactos, en pasillos, antepalcos, saloncillo y cuartos de los actores. Lo que ha de decir al otro día la prensa, ya zumba en la atmósfera del teatro la noche del estreno, y puede inferirse de las caras dilatadas ó contraídas, de las miradas gozosas ó fieras, de las voces, de las exclamaciones, hasta del movimiento nervioso con que un periodista se cala la chistera ó empuña el bastón. Las perifrasis del día siguiente son cendal indiscreto que transparenta la nuda idea formulada la víspera con pintoresca crudeza de lenguaje. ¡Venturosos los autores que consiguieren desencadenar borrascas, arrancando de su dormilona indiferencia al público, y de su complaciente escepticismo á los que dan forma escrita á la opinión!

Los críticos se han dividido en dos bandos: ditirámicos, que volcaron el saco de las hipérboles, y examinadores, que die-

ron á Galdós, como autor dramático, un aprobado ó un suspenso, previas las formalidades que marca la ley. Toda mi admiración por Galdós no impedirá que me incluya entre los segundos, por considerarles más útiles á la educación de ese público que ha de sostener la vida de la escena. El elogio incondicional nunca será enseñanza: cierto que para distinguir y colocar en su verdadero punto de vista (punto de vista personal, claro está) cuestiones de esta índole, no basta ser justo, hay que ser amplio de criterio, pues se trata de una innovación. Siempre se me ocurre—al otro día de un estreno importante, como ha sido el de *Realidad*, y como fueron algunos de Echeagaray—que no deberían escribirse tantos artículos con pretensiones de crítica literaria, y si unos *comptes rendus* muy fieles, muy formales, bien entendidos dentro del noticierismo, dejando el análisis para los contados verdaderos críticos, que lo verificasen pasado algún tiempo, y habiendo asistido á la repre-

sentación, no algunas febriles horas de borrascosa noche de estreno, sino varias veces, y leyendo la obra. Pero la costumbre ha introducido este abuso; cada diario quiere adelantar su fallo, y son tales juicios de impresión como el polvo que levanta el galope del corcel, y que tan pronto sentado como removido, borra, al aplanarse, la huella del mismo que lo atumtuó.

Se comprende que no me propongo citar toda la prensa. Los artículos que conservo bastan para dar idea de que *Realidad*, como suele decirse, ha alborotado el gallinero, y que el tiempo no está completamente bonancible.

El Imparcial y *El Liberal*, con gran sorpresa mía (porque siempre fueron pregoneros de la fama de Galdós), se han mostrado reservados, hostiles más bien, á *Realidad*: cierto que en el primero de estos dos populares diarios todavía no se ha publicado la anunciada crítica de Ballart (este respetado crítico asistió, no sólo al estreno, sino al ensayo general tam-

bién). Según *El Imparcial*, Galdós no tiene veta de dramaturgo: una cosa es la novela, otra el teatro, y los que animen al autor de *Realidad* á seguir probando fortuna en las tablas, quieren engañarle.—Bajo el seudónimo de *Licenciado Amaniel* supongo que se encubre Federico Urrecha, y él fué quien, al otro día del estreno, publicó una sentencia dictada “por el augusto tribunal de la opinión pública”, y con sus considerandos y resultandos (dicen los abogados que invertidos en el orden) donde se falla que el título de autor dramático no se le puede conceder al Sr. Galdós sino bajo condición de prometer “que en lo sucesivo ha de olvidarse de que es novelista cuando ponga mano en una comedia”.—Mucho más severo, hasta rayar en durísimo, es el juicio de *La Epoca*, que formula Pedro Bofill. Urrecha sólo censura el procedimiento: Bofill se ensaña con la forma, el fondo, los caracteres, la totalidad de la obra en suma, dedicando á Galdós lo que en Francia y en la jerga periodística se llama un *érein-*

ment, ó sea una *reventadura* en toda regla. En su concepto, tiene *Realidad* “un fin desastroso”; no causa “emoción estética”; es demostración de que “el desprecio al pudor público parece enseñorearse de nuestro teatro”; Federico Viera es un villano y un granuja; Orozco, un Juan Lanas, un hombre sin corazón, un egoísta, y debiera llamarse Cornelio. Me parece á mí que para manojos de flores críticas...

El Heraldo de Madrid consagró á *Realidad* tres artículos que forman perfecto contraste, y son la mejor prueba de que nunca deben los escritores emplear esta frase: “Tal periódico me ataca”, sino esta otra: “Fulano me ataca en tal periódico”. El primer artículo anterior al estreno, titúlase: *Ni tanto ni tan calvo...*; lleva al pié la firma del satírico Antonio de Valbuena, y es indignada catilinaria, que se adelanta á calificar á *Realidad* de modelo de inverecundia, algo como la *Mandrágora* de Maquiavelo, fundándose en la lectura de

la novela y en el argumento del drama que la prensa anticipó. A mí también me toca en el artículo el correspondiente arañazo, por *Una cristiana*; y esto me recuerda la graciosa paradoja de cierto ilustre escritor, el cual afirma que sus buenas acciones le costaron siempre disgustos, y las malas le reportaron dichas sin cuento. *Una cristiana* pensaba yo que aburriría á los lectores de puro ascética, de puro santa, y para que vean Vds., á Valbuena le ha ruborizado el libro. — Con mi habitual veracidad he de añadir que, en mi concepto, Valbuena no finge ese rubor. Le he visto alarmarse de veras con infinidad de lecturas, de que ningún literato puede prescindir, si ha de estar al corriente de lo que se hace y piensa en su siglo. Sea ó no sincero el sentimiento manifestado por Valbuena (y repito que me inclino á la proposición afirmativa), tal sentimiento cae fuera del orden crítico-literario, y nada tiene que ver con el gusto. Si yo, al juzgar un libro, tropiezo con un pasaje á mi juicio invere-

cundo, no por eso he de desestimar la obra en su totalidad, en su absoluto valor: porque á ser de otro modo, echaría al fuego el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, la *Celestina*, muchos de los mejores dramas de nuestro teatro, todo el de Shakespeare, etc., etc... sin hablar de la *Santa Biblia*, que de pasajes formalmente inverecundísimos está atestada. Esto que digo es cosa muy manoseada, ya lo sé; pero, *similia similibus*... El segundo artículo de *El Heraldo* también está fuera de la crítica, por caer en el extremo opuesto y ser obra de un incondicional encomiasta, el Sr. Martínez Barrionuevo, que no disfraza su propósito, pues dice expresamente: "Tratándose de Galdós, no le juzgaría en ningún terreno, porque soy fanático suyo. El fanático no piensa; siente; no discute; se arrodilla y acata...". El tercer artículo lleva la firma del *Abate Pirracas*, y se mantiene en el término medio de un juicio de impresión, elogioso, pero con tasa. Las observaciones de este artículo son, en general, atinadas y

justas, aunque encerradas en límites estrechos que impiden su desarrollo.

Jacinto Octavio Picón, en *El Correo*, sin dejar de rendir homenaje cumplido á los méritos del autor de *Realidad*, manifiesta que, á título de novelista, no se da por convencido de que se pueda convertir una novela en drama, y *viceversa*. Galdós tendría derecho para responder á esta objeción con las palabras de Segismundo:

«Cayó del balcón al mar.
¡Vive Dios, que pudo ser!»

Pero claro está que Picón no niega la posibilidad del hecho, sino su legitimidad en derecho literario. "Convertir una obra teatral en novela—dice el autor de *Dulce y sabrosa*—es robarle la fuerza; equivale á echar gotas de esencia en grandes cantidades de agua. Convertir una novela en drama, es querer encerrar una selva en los linderos de un jardín. La lucha contra la naturaleza de las cosas es inútil. No concibo la enérgica concisión de cuanto hace y dice *Hamlet*, desparramado en

las páginas de un libro, ni nadie ha podido aprisionar en unos cuantos actos de comedia los grandes desvaríos de Don Quijote. Sin embargo, Picón cree que Galdós "no ha hecho un drama más, sino un drama que se diferencia mucho de cuanto hemos visto hasta ahora"; y que la condición capital de este drama, que le distingue de los restantes, consiste "en la medula de la obra", no en su armazón ni en su estructura: porque todo drama es "pintura y desarrollo de pasiones, desenvolvimiento de hechos y sucesos que hacen sentir: *Realidad* hace pensar: de aquí que no la entiendan ó la juzguen erradamente los que la miran al través del sentimiento."

En opinión del crítico de *El Resumen*, el éxito de *Realidad* y la ovación tributada á su autor en la Comedia, significan "una ovación y un triunfo para la llamada escuela naturalista. Galdós, que parecía apartado en cierto modo, desde hace algún tiempo, de los procedimientos y de las tendencias de esa escuela literaria, pre-

sentó anoche la batalla franca y lealmente, proclamando en alta voz sus creencias y desarrollándolas con toda sinceridad. Ese es su mejor timbre de gloria.»

Con mayor entusiasmo, si cabe, se expresa Julio Burell en *El Día*. En su sentir, la representación de *Realidad* fué á la vez triunfo y apoteosis. Galdós ha triunfado de todo, “hasta de aquel sentimiento del bien ajeno que anoche no dejó tampoco de asomarse á algunos rostros lívidos y de mover algunas lenguas desgraciadas.” No sólo vagaba por el teatro la sombra de Shakespeare aquella noche, sino que “después de los dos últimos actos del drama, puede asegurarse que por el teatro de la Comedia pasó Shakespeare mismo, con su carne y con sus huesos, y lo que es más, con el genio que engendró las cóleras de *Otelo* y la figura extraordinariamente dramática de Cleopatra...”

Al lado de este dictamen, y á título de *repoussoir*, pongamos el del Sr. Díaz Valero, el cual en *España y América* asegura que “*Realidad*, en la escena, no es

más que un ensayo;” y que si Galdós, como novelista, es el primero, “como dramaturgo no ha de dejar atrás á Echegaray ni á Sellés. ¡Harto podríamos pedir con que llegara hasta ellos!”

Entre estos artículos periodísticos tan contradictorios, prueba de que Dios entregó el mundo (sobre todo el mundo literario) á las disputas de los hombres, descuella, á mi entender, por su moderación y buen criterio (entendiendo yo ahora por buen criterio la mayor suma de conformidad con mi propia opinión, y séame dispensada la aparente inmodestia) el trabajo que en *La Justicia* inserta el Sr. Altamira. Ya diré hasta dónde estoy de acuerdo con el joven profesor. Su crítica me agrada, sobre todo porque cala más allá de la corteza, y propende á relegar á segundo término las cuestiones de formalismo dramático. En casos como el de *Realidad*, la crítica, más que nunca, debe recordar que el espíritu vivifica y la letra mata.